

Mauricio Ostría González*

IDENTIDAD REGIONAL Y ORALIDAD EN EL DISCURSO LITERARIO LATINOAMERICANO**

1. INTRODUCCIÓN

La tesis que me propongo desarrollar es la siguiente: el rescate de la lengua oral es uno de los recursos privilegiados por los escritores latinoamericanos para afirmar su identidad regional, es decir, su diferencia. Como hemos sostenido en un trabajo anterior (Ostría González, 1998), el término identidad nos remite al sujeto capaz de conocer, de darse cuenta de su existencia y, por lo tanto, de dar cuenta de sí: la identidad es la igualdad consigo mismo, el reconocimiento de sí como distinto de los otros y del mundo. Si se me permite ensayar un axioma primario y pleonástico: la identidad consiste en afirmar que yo soy yo. El término región¹, en cambio tiene como referente una porción de mundo, un espacio o entorno en el que el ser

* Universidad de Concepción.

** La presente comunicación incluye aspectos estudiados en mi Proyecto de Investigación "Formas de ficcionalización de la oralidad en el discurso literario latinoamericano", financiado por FONDECYT (código 1990464).

¹ Para una discusión del concepto de región en el ámbito de los estudios sociales, véase: Arenas y Mastrangelo, 1987.

humano se sitúa, vive y del que, a menudo, se siente parte. La región es un ámbito, primariamente geográfico, pero también y, fundamentalmente, social y cultural: el ser humano no pertenece simplemente a un territorio, sino a un territorio habitado por otros seres humanos, con los que comparte y construye mundo. Al proyectarse sobre la región, la identidad se torna regionalidad, nacionalidad o, en nuestro caso, latinoamericanidad. Ese sentimiento de pertenencia² se funda en los procesos y productos culturales en los que nos reconocemos. Así, cultura aparece justamente como el término vinculante entre identidad y región: se es uno mismo en la medida en que se pertenece a una región, no como cuestión meramente administrativa o jurídica, sino de modo raigal y profundo, de suerte que la manifestación de la identidad conlleva, necesariamente, la regionalidad: parafraseando a Ortega puedo decir que yo soy yo y mi circunstancia regional (entiéndase, social y cultural), soy yo y mi entorno regional. El sujeto ya no es sólo un sí mismo, sino una conciencia de mundo que se asume existencialmente vinculado a un grupo humano con el que comparte un lugar cuya fisonomía depende del trabajo o cultivo individual y grupal. Esa identidad regional sólo es dable, precisamente, mediante un proceso cultural, es decir, el ejercicio consciente de una acción humana sobre el mundo de manera que a partir de entonces hombre y mundo se han transformado, han dejado el uno en el otro una huella que los vincula y los cambia, pudiendo reconocerse en ambos y en sus productos una modalidad humana determinada.

² Afirma con lucidez Fidel Sepúlveda: “La inmensa mayoría mestiza del continente hispanoamericano vive la identidad por pertenencia. Sentimiento humanizador de vinculación a un territorio, a una estirpe, a una tradición. Es una humanidad creada más que por los acontecimientos consignados como relevantes por la historia, por los acontecimientos generados en el interior de la intrahistoria y en el subsuelo de la transhistoria” (2000: 442).

2. EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD LATINO-AMERICANA

Desde una perspectiva cultural, la identidad de América Latina es de tal manera heterogénea y contradictoria que pareciera estar en pleno proceso de cocimiento, como lo intuyó sabiamente José María Arguedas.³ De esos hervores a que alude el narrador peruano quiero hablar, con especial referencia a la función de la literatura como signo y metasingno cultural, es decir, en tanto construcción de mundo identificable con una región y espejo en el que la propia región se reconoce, se distancia, se interroga y se cuestiona.

América Latina⁴ es parte del proceso civilizador occidental y, dentro de él, está signada por relaciones de dependencia, marginalidad y pobreza. Estas circunstancias condicionan el surgimiento de una realidad cultural en la que predominan los moldes occidentales, sin que desaparezcan ciertos componentes, suficientemente pertinaces, de las culturas autóctonas. Lo latinoamericano es, pues, un concepto geográfico, étnico, cultural y político (Fernández Moreno, 1986). Somos una región dependiente, periférica y pobre del mundo occidental. La dependencia, la marginalidad y la pobreza nos identifican y, al mismo tiempo, nos separan, nos hacen diferentes de Occidente. Esta contradicción (tensión entre la identificación y la diferencia) todavía sin resolver constituye parte substancial de nuestra ambivalente identidad. América Latina exhibe todavía importantes zonas fragmenta-

³ Me refiero a las reflexiones del escritor peruano en el “¿Último diario?” de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*: “Todas las naturalezas del mundo en su territorio, casi todas las clases de hombre [...]. Y ese país en que están todas las clases de hombres y naturalezas yo lo dejo mientras hierve con las fuerzas de tantas substancias diferentes que se revuelven para transformarse al cabo de una lucha sangrienta de siglos...” (Arguedas, 1971).

⁴ Inserto aquí y en el párrafo siguiente, sin que estime necesario advertirlo cada vez, algunas reflexiones contenidas, a veces fragmentariamente, en otros trabajos ya publicados; me refiero a los anotados como Ostria González 1984, 1987, 1989 y 1992.

rias, escindidas, respecto de los procesos integracionistas centralizadores. Es más, América Latina ofrece un complejo panorama de culturas plurales y heterogéneas, en general, no reconocidas, lo que provoca la imposibilidad de configurar un perfil realmente acabado y comprensivo respecto de amplias zonas y repliegues identitarios.

El encuentro de culturas —más bien el enfrentamiento— que significó el llamado descubrimiento de América originó, de hecho, procesos de mestizaje en los más diversos grados y niveles, aún no conclusos. Desde entonces, situada entre dos razas y dos culturas, en un amasijo todavía no resultado, América Latina oscilará permanentemente entre ambos polos sin pertenecer exclusivamente a ninguno; simultáneamente, nuestra conciencia, doblemente marginal, se jugará entre los nacionalismos separatistas y las tentativas de integración continental. De ahí, también, que se busque con tenacidad inquebrantable dotar a las formas culturales de occidente, que nos son propias, un modo de ser original que exprese la diferencia, y que se asuman las formas artísticas occidentales, no sin dotarlas de una interpretación distinta. Como señala Leopoldo Zea: "se va estableciendo un mestizaje cultural en el que se combina lo propio, lo local, con lo aparentemente extraño, lo universal. Lo occidental hasta ayer postizo y falso, se va transformando en parte esencial y, por esencial, propio de nuestra cultura" (Zea, 1953: 78-79).

La nueva realidad mestiza, aunque no puede ser reducida a los patrones valorativos europeos, funda sus jerarquías en las de los centros dominantes y sus creaciones culturales, en general, se inspiran en y siguen las pautas de los modelos europeos. Se origina así una cultura excéntrica, caracterizada por un desarrollo disparejo y heteróclito, por la aproximación y entrecruzamiento de etapas históricas y de formas socioeconómicas, políticas y culturales arcaicas, intermedias y modernas; todo lo cual ha determinado procesos y estructuras en los que no se repiten las etapas y formas de la cultura europea, aunque la irresistible imitación cree

apariencias en contrario; sino que, al revés, se han producido combinaciones específicas, inéditas y, a veces, insólitas (Kaplán, 1969: 11-17; Miró Quezada, 1972: 3-13; Aínsa, 1986); v. gr.: la mezcla de los más diversos y hasta contradictorios estilos en nuestras ciudades, que a falta de no tener uno llegan a inventarlo (Carpentier, 1964); la existencia persistente durante mucho tiempo de regímenes dictatoriales apoyados en constituciones de corte liberal o los sincretismos religiosos (por ejemplo, las cofradías de danzantes andinos, el candonblé y el budú, las macumbas y santerías y hasta la misma teología de la liberación), prácticas todas en las que se mezclan inextricablemente creencias y ritos procedentes de los más diversas orígenes, de corrientes o visiones de mundo abiertamente opuestas y hasta contradictorias.

Aunque es posible hallar una cierta, tal vez precaria, homogeneidad cultural, política, social, lingüística, religiosa (Fernández Moreno, 1986: 9), la verdad es que, la identidad cultural de América Latina debe ser entendida más bien como la unidad problemática de lo diverso, como un sentido de comunidad abierta que no excluye o no debe excluir la presencia y participación de pluralidades étnicas, sociales, lingüísticas y culturales en los más diversos grados de desarrollo y de integración. Por eso, el concepto de cultura mestiza no explica cabalmente la situación cultural de América Latina si no se le añaden atributos como pluralidad y heterogeneidad (Cornejo Polar 1989, 1994).

3. LA HETEROGÉNEA DIVERSIDAD DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

La literatura latinoamericana como conjunto de obras, saberes, estilos y técnicas o como proceso complejo de interacción textual no posee una autonomía sino relativa: la literatura latinoamericana, así como en general nuestra cultura, forma parte, de la literatura de Occidente, dentro de la cual la latinoamericana es una variedad. En otras palabras,

somos una región cultural con relación al mundo occidental. Vivimos en las márgenes o en las inmediaciones, como le gusta decir a Octavio Paz, de un universo cultural al que pertenecemos a partir de la empresa de conquista y colonización que los europeos llevaron a cabo.

Reconocida su filiación occidental, la literatura latinoamericana instala en el meollo de su proceso la pregunta por la identidad cultural. En efecto —señala Rubén Bareiro Seguir— "un problema latinoamericano esencial ha sido y sigue siendo encontrar su identidad cultural, situación que refleja la literatura al buscar la apropiación de un lenguaje y la concreción de un contenido en un idioma en cierta medida prestado" (Bareiro Seguir, 1986).

Aunque en la colonia ya se reconoce la disyuntiva, no es sino con las nacientes repúblicas, producida la independencia, que se plantea polémicamente el problema de una "lengua nacional"; pero tal vez sólo con el modernismo empiezan a percibirse rasgos originales en la literatura latinoamericana: desde entonces una nueva sensibilidad caracteriza al castellano (o al portugués) literario americano.

Al preguntarnos por la identidad de la literatura latinoamericana, volvemos a encontrar la cuestión unidad/diversidad como una relación cambiante, concretada en las más inesperadas combinaciones, cruces, mezclas, sincretismos. Así, por ejemplo, la coexistencia del humanismo renacentista más acendrado, característico del El Inca Garcilaso de la Vega y la escritura con resabios pictográficos de Felipe Huamán Poma de Ayala, del *Ollantay*, drama quechua, y poemas líricos que imitan a Góngora, todo junto en el abigarrado virreinato del Perú; o, en la cosmopolita Buenos Aires, de fines del XIX y comienzos del XX, la presencia de la poesía gauchesca, cuyo discurso incorpora formas estilizadas del habla rural pampeana, junto a novelas como *La gloria de Don Ramiro*, de Enrique Larreta o *El embrujo de Sevilla*, de Carlos Reyles, que intentan reproducir el mundo y

el lenguaje castizo del siglo de oro castellano y de la Andalucía del XIX, respectivamente; del surgimiento del lunfardo en cierta poesía popular urbana, aledaña a las formas compadritas del tango, al enciclopedismo borgiano y el precario autodidactismo de Roberto Arlt;⁵ o, en el multicultural territorio mexicano, la transcripción de relatos orales como los de Juan Pérez Jolote junto a las refinadas y universalistas obras de Alfonso Reyes, Octavio Paz, Juan José Arreola, o Carlos Fuentes en la actual narrativa mexicana. En Chile, pensemos en la confluencia coetánea del ruralismo mistraliano, el afrancesamiento y cosmopolitismo de Huidobro, la desmesura torrencial y popular de Pablo de Rohka, la efervescencia metafórica y solemne, ritual, de Neruda, o en la contención docta, no exenta de fuerza ígnea de Gonzalo Rojas y el irreverente coloquialismo creador de Nicanor Parra, en el pesimismo letrado de Enrique Lihn y en la gracia sin par de Violeta Parra, genio oral y popular, por excelencia. Y todo esto, sin salirnos casi del llamado canon literario.

Y es que el nombre de literatura latinoamericana recubre un complejo de sistemas literarios diferentes, tanto con relación a la lengua (español, portugués, francés, créole, lenguas indígenas, etc.) como a los estratos culturales (literatura "culto", literatura de masas, literatura popular, oral o escrita) y zonas o regiones culturales suficientemente diferenciadas (Mesoamérica, el Caribe, el ámbito andino, la zona guaraní, la pampeana, la rioplatense, etc.). Y por otra parte, comprende la suma de las literaturas nacionales

⁵ Sostiene Beatriz Sarlo: "En una sociedad (como la latinoamericana) están funcionando al mismo tiempo, elementos que son pertenecientes al sistema popular; al sistema culto, elementos que vienen de sistemas anteriores, elementos que anuncian los posteriores elementos residuales. Además, yo creo que están en comunicación. Por ejemplo, yo me planteo el problema de la inflexión criollista que tiene la vanguardia argentina, inflexión que es contemporánea al criollismo urbano que plantea el tango..." (Pizarro: 1985: 19-20).

producida en los diversos territorios políticamente independientes.

4. ORALIDAD Y ESCRITURA

El proceso de mestizaje (indianización, criollización, africanización, etc.) ha posibilitado diversas mezclas de tradiciones. De modo que es posible encontrar en las producciones culturales latinoamericanas (arquitectura, plástica, literatura, música, artesanías, etc.), temas, motivos, tópicos, personajes, formas y sensibilidades procedentes de las diversas tradiciones indígenas, europeas o africanas en diversos grados de hibridación o sincretismo.

En ese plural y heterogéneo universo se enfrentan desde la conquista, y desde entonces se contagian, una cultura tradicional oral dominada (la aborigen) y una cultura letrada dominante (la europea). Esta última, como toda cultura que ha desarrollado un sistema de escritura, manifiesta una permanente y dinámica interacción entre formas de comunicación orales y escritas y comprende zonas o niveles variados alfabetos y analfabetos. Desde entonces, desde la conquista, la tradición oral latinoamericana supone variedad de lenguas (indígenas, europeas, africanas), mestizaje o hibridez de tradiciones, heterogeneidad y sincretismo cultural. De modo que —al decir de Martín Lienhard— “la oralidad, sistema de por sí multimedial, ya no existe en estado puro en ninguna parte de América” y sólo cabe estudiarla en relación con el sistema hegemónico letrado (1997a: 13). No obstante, el fenómeno de la oralidad, como sistema de concepciones y prácticas culturales, lejos de extinguirse, ha manifestado una pertinaz resistencia. “Para parte considerable de la población latinoamericana, las formas preferidas de expresión y comunicación no son las ‘escritas’, ni mucho menos las codificadas —desde criterios hegemónicos como ‘cultas’, ‘ilustradas’ o ‘literarias’— sino más bien las que provienen de

una tradición oral y popular” (Pacheco, 1997: 21).⁶ No sólo eso, sino que la oralidad ha permeado la cultura letrada desde el mismo instante en que los indígenas comprendieron que la escritura era un excelente medio de sobrevivencia y memoria cultural. Desde entonces, una serie de estrategias de la comunicación oral y de las culturas orales se han incorporado, a veces imperceptiblemente, en los textos letrados latinoamericanos (Cf. Lienhard, 1990). Sin embargo, una de las zonas desconocidas o ignoradas de nuestra identidad se halla, precisamente, en las manifestaciones marcadas por formas de oralidad cultural: “...incorporar la oralidad armonizándola con la cultura del libro parece ser uno de los grandes temas pendientes desde el punto de vista de la identidad cultural de los pueblos latinoamericanos. Se trata de valorizar el estilo y el carácter particular de las tradiciones orales populares, abriéndole los ojos a la población respecto de la existencia de las culturas regionales” (Morandé, 1990).

Por otra parte, mientras, en nuestra cultura letrada y en la moderna práctica de la literatura, se acentúa el dominio de la escritura —incluso los textos tradicionales, populares o folclóricos suelen llegar al público transcritos o impresos—, más parece acentuarse en ellas la nostalgia de la palabra oral (recordemos, sólo a vía de ejemplos, pasajes importantes de novelas como *Rayuela*, *La feria*, *Pedro Páramo*, *Tres tristes tigres*, *La guaracha del Macho Camacho*, *El hablador*, etc. o gran parte de la poesía de Nicanor Parra). Esta tendencia es incentivada, además, por ciertas condiciones de la modernidad (o postmodernidad) urbana (García Canclini, 1989), caracterizadas por la presión de los medios audiovisuales pragmáticos y artísticos en los que la palabra oral recobra

⁶ En el mismo sentido, escribe Adriana Valdés: “Se ha renovado [...] el interés en las culturas orales, vehículo privilegiado de identidad hasta hace poco para grandes proporciones de las poblaciones de la región. Esto significa valorizar formas culturales populares, amerindias o afroamericanas cuyo acceso al texto escrito ha sido —cuando existió— a lo menos problemático. [...] Incluso, dentro de la cultura del texto escrito, se han enfatizado sus complejidades... (1997: 127).

eficacia y cierto predominio (radio, televisión, juegos electrónicos, etc.). Estos medios se hibridan también con manifestaciones comunicativas de las culturas orales tradicionales (Lienhard, 1995).

Y aunque a menudo, las manifestaciones orales (populares, rurales, indígenas), se han considerado no sólo marginales sino poco significativas desde el punto de vista de la llamada literatura culta o letrada, son muchísimas las muestras de textos literarios que recogen o reelaboran diversos temas, motivos, personajes o formas discursivas (lingüísticas, retóricas, enunciativas), propias del discurso oral.

5. FICCIONALIZACIÓN DE LA ORALIDAD

Ahora bien, el texto literario supone la presencia de un tipo de acción verbal distinta a la pragmática, un mensaje de un cierto tipo y, al mismo tiempo, la transformación de las estructuras lingüísticas en objeto icónico, en universo imaginario. Por otra parte, este cosmos ficticio, evocado por configuraciones de palabras, no está constituido exclusivamente, por los niveles, estratos o códigos pertenecientes a lo representado (personajes, circunstancias, aconteceres, vivencias), sino, además —y esto es capital para entender el fenómeno literario— por la situación comunicativa inmanente, que asume su rol de comunicación ficticia inscrita en el texto (Martínez Bonati, 1960). En efecto, lo que canónicamente se entiende por literatura, es decir, la literatura escrita (valga la redundancia) en el proceso de construcción de mundos imaginarios, sólo puede producir efectos de oralidad, es decir, sólo evocar manifestaciones orales con los medios de la escritura (Ostria González, 1995 y 1997; Pacheco, 1989 y 1997; Lienhard, 1997b). Esto significa, entre otras cosas, que la sonoridad substancial de lo oral permanece definitivamente muda en los textos escritos. No debe olvidarse que el elemento real con que se construyen los textos literarios es,

precisamente, la palabra escrita.⁷ De modo que la dimensión oral constituirá siempre una figura y, por tanto, desde el lado de lo real, una ausencia irremediable.

Ciertamente, esta comprobación choca con el carácter eminentemente oral de ciertas formas culturales populares, rurales o tradicionales y, muy especialmente, de las culturas indígenas americanas. Cuestión ésta especialmente importante, cuando, como en numerosos textos narrativos y líricos actuales, se busca, precisamente, reproducir, imitar esas formas verbales y las culturas que ellas evocan mediante la escritura y la lengua castellana.

Lo anterior entraña —y así me parece que es sentido por los escritores que se esfuerzan por rescatar formas orales— un problema de escisión y, por lo tanto de incompletud del perfil cultural propio. Esto es particularmente cierto en el plano de la literatura latinoamericana en la que abundan los esfuerzos por recuperar en la escritura todo tipo de expresiones y discursos procedentes de la cultura oral, tanto las que provienen de la comunicación informal (popular, vulgar, rural), como las correspondientes a la oralidad cultural de los pueblos aborígenes americanos. Se trata, sin duda, de un esfuerzo, no siempre conseguido y no siempre comprendido, de dialogar con la otredad, con lo excluido por el canon de la literatura y cultura oficial, de dar testimonio de las voces ausentes en el interior de las manifestaciones culturales canónicas.⁸

Si bien, como señala Benveniste (1977), "el escritor se enuncia escribiendo y dentro de su escritura hace que se enuncien individuos", hay que añadir que, en el texto literario,

⁷ Es verdad que la palabra escrita en la literatura juega, en tanto escritura, un doble rol: es el material con el que se construye el texto (por lo tanto se trata de un texto escrito) y es figura, palabra o escritura imaginaria, en la medida en que el texto imagina un autor-escritor.

⁸ En lo que sigue, reproduzco parcialmente ideas expresadas en artículos anteriores (Ostria González, 1995 y 1997).

ales enunciaciones internas asumen el carácter de ficticias y pueden, con frecuencia, no coincidir con el tipo, la forma o el soporte significativo de la enunciación del escritor: no sólo una novela puede fingir ser un conjunto de cartas; un cuento, un informe; un drama, una historia, o un poema, un sermón, sino que, y es lo que queremos focalizar aquí, un texto escrito puede imaginarse texto oral (el *Martín Fierro* y casi toda la literatura gauchesca, así como la mayor parte de los relatos rulfianos, son estupendos ejemplos).

Los textos literarios en sus procesos ficcionales suelen "reproducir" diversas modalidades de la lengua oral. La palabra hablada es susceptible de evocación directa o indirecta, como discurso imaginario o pseudodiscurso, mediante procedimientos de transcripción, imitación o transformación de diversos componentes de la escritura en vistas a crear el efecto de oralidad. De modo que cuando escritores como Ricardo Pozas o Rosario Castellanos, en México, Miguel Ángel Asturias, en Guatemala, José María Arguedas, en el Perú, Augusto Roa Bastos, en el Paraguay, etc., construyen sus textos como evocaciones culturales indígenas, desde dentro, deben, justamente, realizar un arduo trabajo técnico lingüístico destinado a convertir al español en instrumento eficaz de sugestión de tales lenguas y culturas. Se trata de construir lenguas indígenas verosímiles, por tanto, no reales.

Las formas más elementales de figuración de lo oral parecen ser las que aparentan una simple reproducción, con intención realista, de sonidos, vocablos o expresiones (decires, refranes, etc.). Este tipo de reproducción aparece generalmente en los diálogos de los personajes. Además, determinadas fórmulas introductorias o caracterizadoras de personajes pueden incluir, en el discurso del narrador, observaciones acerca de las peculiaridades del habla de aquéllos. Es lo que sucede, por ejemplo, en los relatos realistas y naturalistas.

Más interesante resulta la presencia de figuras de oralidad en el discurso del narrador ya sea en relatos subordinados o en el relato principal, ya que esta situación afecta no sólo a los niveles de la historia contada sino al propio discurso evocado en el texto. Es el caso de relatos internos cuyos rasgos de enunciación se incluyen en el enunciado mayor, por ejemplo, en novelas de Rosario Castellanos (*Balún Canán*), Roa Bastos (*Hijo de hombre*), o José María Arguedas (*Los ríos profundos*).

Uno de los casos más sugestivos lo constituye la llamada literatura de imitación lingüística en la que el texto como totalidad simula una lengua que, naturalmente, no es real sino ficticia, aunque precisamente, el texto trabaja para persuadir al lector de que está “oyendo” hablar a personajes y narradores. Se trata de sugerir lo que Amado Alonso (1954), siguiendo a Humboldt, llamó la “forma interior del lenguaje”. Tal imitación implica el empleo de procedimientos perfectamente discernibles. Casos notables son los de Miguel Ángel Asturias en *Hombres de maíz*, de José María Arguedas en casi todas sus novelas y cuentos, de Augusto Roa Bastos, especialmente, en *Hijo de hombre*, de Rosario Castellanos, en *Balún Canán*, de Ricardo Pozas, en *Juan Pérez Jolote*, de Elicura Chihuailaf o Leonel Lienlaf en sus poemas, etc. La técnica consiste en recrear un universo de discurso (una arquitectura semiológica total), mediante distorsionadas estructuras lingüísticas castellanas. Se trata, pues, de un doble proceso de ficcionalización: se finge lo oral en la escritura; se finge la lengua amerindia en el castellano.

En todos los casos, el esfuerzo se centra en conseguir una expresión americana, un discurso diferente al hegemónico que contenga las huellas de una identidad ambigua, eficaz, sin embargo, en la manifestación de la otra edad radical que constituye la cultura latinoamericana como conjunto de hervores plurales y heteróclitos.

REFERENCIAS

- Ainsa, Fernando. 1986. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid, Gredos.
- Alonso, Amado. 1954. *Estudios lingüísticos*. Temas hispanoamericanos, Madrid, Gredos.
- Arenas, Patricia y Andrea Mastrangelo. 1987. "Apuntes sobre el uso del concepto de región en los estudios sociales", en: J. Kaliman (ed), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, T. II92-107.
- Bareiro Seguir, Rubén. 1986. "Encuentro de culturas", en: César Fernández Moreno (ed), *América Latina en su literatura*, México, Unesco/Siglo XXI, 10ª.
- Benveniste, Emile. 1977. *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI.
- Carpentier, Alejo. 1964. "Problemática de la actual novela latinoamericana", en: *Tientos y diferencias*. Ensayos, México, UNAM.
- Cornejo Polar, Antonio. 1989 *La novela peruana*, Lima, Horizonte.
- , 1994. *Escribir en el aire*. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas, Lima, Horizonte.
- Fernández Moreno, César. 1986. "Introducción" a C.F.M. (ed) *América Latina en su literatura*, México, Unesco/Siglo XXI, 10ª:5-18.
- García Canclini, Néstor. 1989. *Culturas híbridas*. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, México, Consejo Nacional para la cultura y las artes, Grijalbo.

- Kaplán, Marcos. 1969. *Formación del estado nacional en América Latina*, Santiago, Universitaria.
- Lienhard, Martin. 1990. *La voz y la huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, La Habana, Casa de las Américas.
- 1995. "Circuitos de la voz andina", en: Guillermo Mariaca (ed), *Memorias. Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana*, La Paz, Plural /UNMSA.
- 1997a. "Oralidad", en: J. Kaliman (ed), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, t. I.: 11-15.
- 1997b. "¿De qué estamos hablando cuando hablamos de oralidad?", en: Ricardo J. Kaliman (ed), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, t. I.: 47-55.
- Martínez Bonati, Félix. 1960. *Estructura de la obra literaria*, Santiago, Universitaria.
- Miró Quezada, Francisco. 1972. "Realidad y posibilidad de la cultura latinoamericana", en: *Revista de la Universidad de México*, XXVI, 6-7: 5-13.
- Morandé, Pedro. 1990. "Problemas y perspectivas de la identidad cultural de América Latina", en: *El Mercurio*, Santiago, 4 de octubre.
- O'Gorman, Edmundo. 1958. *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México, FCE.
- Ostria González, Mauricio. 1984. "La figura de la búsqueda. En torno a la escritura de Julio Cortázar", en: *Atenea*, 449: 191-218.

- 1987. "Roa Bastos: una escritura en la encrucijada", en: *Mundo*, 1,4 (México, D.F.): 53-63.
- 1989. "Lo uno y lo diverso en la literatura hispanoamericana", en: *Estudios Filológicos*, 24: 97-102.
- 1992. "Marginalidad y diferencia. Situación de la cultura y la literatura latinoamericana", en: VV.AA., *Reflexiones en torno al V Centenario*, Rosario, U.N.R. Ed.
- 1995. "Formas de figuración de lo oral en el discurso literario hispanoamericano", en: VV.AA., *El Español de América*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, T. II: 1252-6.
- 1997. "Ficcionalización de las lenguas amerindias en el discurso literario hispanoamericano", en: R. Kaliman (ed.), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, U. N. T.; 1:198-209.
- 1998. "Identidad, región y cultura. Algunas reflexiones a propósito de la literatura latinoamericana", en: J. G. Ararya (ed), *III Coloquio de Educación y Humanidades*, U. del Bío Bío: 33-45.
- Pacheco. 1989. "Trastierra y oralidad en la ficción de los transculturadores", en: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 29: 25-38.
- 1997. "La oralidad cultural como principio interpretativo en los estudios literarios latinoamericanos", en: Ricardo J. Kaliman (ed), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, T. I.: 19-30.

- Pizarro, Ana. 1985. "Introducción", en: A.P. (coord.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Sepúlveda Llanos, Fidel. 2000. "La oralidad tradicional, un discurso estético alternativo de la identidad frente a la globalización", en: VV. AA. *Crisis, apocalipsis y utopías. Fines de siglo en la literatura latinoamericana*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile: 442-6.
- Valdés, Adriana. 1997. "Mujeres, cultura, desarrollo. Perspectiva desde América Latina", en: R. León (comp.), *América Latina continente fabulado*, Santiago, Dolmen.
- Zea, Leopoldo. 1953. *El Occidente y la conciencia de México*, México, Porrúa.